

## BOLIVAR Y LA UNIVERSIDAD

- NESTOR BOTERO G. – Presidente del Centro de Historia de Sonsón*
- Miembro de la Academia Antioqueña de Historia*
  - Miembro de la Academia Colombiana de Historia Eclesiástica*

(Discurso pronunciado en la inauguración del mural sobre Cristo y Bolívar  
en la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la U.P.B.  
el día 18 de diciembre de 1980)

Inaugura hoy la Universidad Pontificia Bolivariana, en oportuna correlación con la fecha sesquicentaria de la muerte del Padre de la Patria, este Mural de Pablo Jaramillo que estamos contemplando. Y lo estamos contemplando atónitos, vale decir pasmados y sorprendidos, pasmo y sorpresa apenas obvios frente a una obra de arte de concepción y realización cabales, amén de encinta de mensaje.

¿Cómo conjugar, en un todo armónico, los tres elementos en torno a los cuales nos hallamos aquí y ahora, a saber: Mural, Universidad y Libertador. . . ?

Confieso que la respuesta a este interrogante me fue esquivada largo rato, pero al fin creo haberla alcanzado en esta frase del Libertador en el Congreso de Augustura: "Moral y luces son los polos de una República"

¿Y por qué tal respuesta. . . ?

Moral y luces son postulados de la Universidad Pontificia Bolivariana. Y allí, en el Mural de Jaramillo, están los emblemas de tales postulados: Cristo y Bolívar. Cristo, de cuya doctrina mana la moral que de ser practicada sosegaría y embellecería al mundo, y Bolívar, de cuyo ideario manan luces que podrían iluminar, si lo quisiéramos, la opacidad en que Colombia deambula a tientas en la ruta de su circunstancia y perspectiva históricas.

Un alto en el camino, como para dialogar con Cristo y con Bolívar, me parece ser el mensaje del Mural de Jaramillo que de hoy en adelante topará el huésped al traspasar el umbral de esta Universidad, recinto de moral y de luces como la concibieron sus fundadores y así, por fortuna, proyectada sobre el tiempo sin concesión alguna al transgredir. Desde el Mural de Jaramillo, Cristo y Bolívar darán la bienvenida a quienes entren a esta Universidad con apetencia de superiores normas y lumbres para el vivir y convivir. Y serán saciados quienes así lo quieran, porque tanto Cristo como Bolívar son anfitriones espléndidos, como maestros sin par, el primero con su incontrastable código de perfección moral, y el segundo con su código político, "hontanar de aguas vivas para irrigar la nacionalidad".

Que Don Simón Bolívar sea emblema de una Universidad, ciertamente no sorprende a los lectores de su biografía, pues hay en todas muy claras referencias a su preocupación porque la cultura universitaria floreciera en los pueblos por él libertados. Es sabido, por ejemplo, cómo en 1827, en la última visita a su ciudad natal, se ocupó de la reorganización de la Universidad Central de Caracas, introduciendo en ella nuevas cátedras, tales como las de Anatomía y Cirugía en la Facultad de Medicina, y, entre otras, las de Derecho Práctico y Político y las de Ciencias Administrativas y Legislación Universal, en la Facultad de Jurisprudencia. Es sabido, además, cómo en el mismo año de 1827, personalmente organizó la Universidad de Quito, estableciendo en ella el estudio de la Filosofía, de las Ciencias Naturales, de la Medicina, de la Jurisprudencia, de la Teología, de la Gramática Latina y de los idiomas Inglés y Francés, sin olvi-

dar el Quechua como lengua del pueblo raso, pues en todo pensaba este hombre singular. Y es sabido, también, cómo en el mismo año de 1827, le concede al Colegio de Antioquia el estudio de la Jurisprudencia en todas sus ramas, así sentando las bases de la posterior Universidad de Antioquia. Y no hay que olvidar que en el Perú, en 1824 había creado la Universidad de Trujillo, y en 1825 la de San Agustín en Arequipa. Sin olvidar, tampoco, porque encaja dentro del concepto de Universidad, el Colegio-Seminario que en 1825 creó en Chuquisaca, Bolivia, para que allí se enseñasen, como lo dijo en su momento, "las ciencias eclesiásticas". Al meditar hoy en estos ambiciosos planes de estudios universitarios propuestos por el Libertador aquí y allá del suelo americano, se llega a la feliz conclusión de don Andrés Bello, cuando al inaugurar en 1843 la Universidad de Chile, en clara referencia al pensamiento bolivariano hablaba de "prender con las letras las primeras centellas de la libertad".

A quien le extrañe que así pensara y actuara el Libertador, es conveniente decirle que también él fue universitario, aunque fugazmente, lo cual apenas hace pocos años fue conocido, sin que al hecho se le haya prestado mayor atención. Es bien sabido que la primera instrucción que recibió el niño Simón fue del Padre Negrete, de Carrasco y del joven Simón Rodríguez. Vino luego, a sus trece o catorce años, otra etapa de instrucción que le dan don Andrés Bello y el Padre Andújar. Y viajará luego a España, donde tendrá maestros de francés y de matemáticas, amén de danza y esgrima, "adornos estos de la juventud", como entonces se decía. Tal es, a grandes trazos, la formación cultural que Simón Bolívar recibe de preceptores personales, según sus biógrafos, los cuales a renglón seguido lo desplazan a Francia, más en plan de aventuras de joven rico y dilapidador, que de estudio propiamente dicho. Y es aquí donde viene lo de Bolívar universitario hasta hace poco ignorado, pues en el año de 1802 ingresó por unos meses a la Escuela de Sorez, en Francia, secular academia militar y humanística regentada por los Padres Dominicos, guardianes y transmisores de aquella filosofía que por lo esencial de su mensaje obtiene la designación de perenne. Por cierto que en esta Escuela —y obsérvese bien— desde el año de 1830 hay un busto de Bolívar y todos los años, en algunas fechas bolivarianas, se celebran actos recordatorios del paso del Libertador por aquel claustro docente.

Es indudable el influjo en el Libertador de su experiencia soreciana, pues no de otra manera se explica su afán por disipar la ignorancia en los pueblos que le va sustrayendo al coloniaje. Abundan en sus cartas y documentos alusiones a la necesidad de fomentar la instrucción, convencido de que —como alguna vez lo dijera— "un hombre sin estudios es un ser incompleto". En carta a su hermana María Antonia le dirá: "La instrucción es la felicidad de la vida, y el ignorante estará próximo a revolverse en el lodo de la corrupción". Y dirá en el discurso de Angostura: "La esclavitud es hija de las tinieblas: un pueblo ignorante es el instrumento ciego de su propia destrucción" Y como no era Bolívar "un escritor que ensarta pensamientos, con una cuartilla por delante, sin cuidarse de la trascendencia de sus opiniones", como lo dice Blanco-Fombona, en hechos dejó plasmadas sus ideas, como de estas pruebas al canto se desprende: las primeras Escuelas Normales que hubo en toda América, incluso los Estados Unidos, fueron fundadas por el

Libertador en el Perú; en Bolivia, país minero, fundó una Escuela de Minería; en Guayaquil una Escuela Náutica; en Chuquisaca un Instituto de Instrucción Castrense; en el Perú hace obligatoria la instrucción primaria, lo mismo que prácticamente hará en Colombia en 1829; en Urubamba, Perú, ordena que el Convento de Recoletos, con sus rentas, se destine a un establecimiento de enseñanza pública; en Cuzco, ante la penuria fiscal, ordena que los hijos de los pudientes contribuyan a la educación de los no pudientes. Y todo esto sin olvidar la educación de la mujer, relegada al tenor de las ideas de Juan Jacobo Rousseau, entonces en boga, para quien la mujer instruída, en cita textual, "es azote de su marido, de sus hijos, de sus amigos, de sus criados, de todo el mundo". Bolívar hace añicos tales prejuicios y sin cuidarse del escándalo que en algunos sectores suscita, funda colegios y academias donde la mujer se instruya. "La educación de las niñas es la base de la educación de las familias", dirá en el primer considerando de un decreto suyo expedido en Cuzco sobre fundación de un colegio femenino. Y dirá, también, al decretar la fundación de una Academia Femenina en Caracas: "El importante objeto de la educación pública queda muy imperfecto no mejorando la de la mujer". Con razón, pues, que haya dicho Salcedo-Bastardo, que Bolívar es "el iniciador de una política educacional americana que no desestima ninguna de las notas del fenómeno".

Retornando al Mural de Pablo Jaramillo, Mural hecho en barro, he recordado una frase de Rodó: "Bolívar es el barro de América atravesado por el soplo del genio". Visto así el Mural de Jaramillo, es indudable que responde a una muy legítima concepción del Padre de cinco repúblicas americanas. Pues aunque es innegable que Bolívar recoge y glorifica los más genuinos valores de la hispanidad, con tal pasión se entrega a la libertad de América, que es como si "la savia de la añeja encina española y del laurel", de que hablara Madariaga, hubiera sido sojuzgada en el Libertador por el telurismo americano. Es un hecho que Bolívar es tan de América como los ríos, los volcanes, las llanuras, todo cuanto puebla de majestad y de belleza la geografía americana. Bolívar es como un río, como un volcán, como una llanura de nuestra América, así como es el viento, o el árbol, o el trigo de América, así como es, en síntesis, la Libertad de América. "Era un puñado de mi tierra nativa", como lo sintió algún poeta. Y así, como un puñado de la tierra nativa americana, es como ha querido Pablo Jaramillo que resalte su Bolívar en el Mural de la Bolivariana.

Mural en el cual también está Cristo, como primer y, desde luego, más alto emblema de la Universidad Pontificia Bolivariana. También modelado en barro por el artista, quiero hallarle el sentido de que Cristo, siendo Dios, bajó a nuestro planeta, se revistió de nuestro barro y así acampó entre nosotros como para que a su vera el hombre se sintiese hermano. Dice Papini en su Oración a Cristo: "Tú sabes cuán grande es, precisamente en estos tiempos, la necesidad de tu mirada. . .". Y es esta mirada de Cristo, esa mirada que el mundo todo necesita, la que hallo certeramente plasmada en el Mural de Jaramillo.

Cristo y Bolívar, unificados en la suprema orientación de la Universidad Pontificia Bolivariana y así felizmente logrados por Pablo Jaramillo en el simbolismo de su

Mural, Cristo y Bolívar, repito, invitan, el primero a los hombres todos, y el segundo a los colombianos en particular, a una unidad de corazones y de empeños, con miras a un mejor vivir. Cristo, desde el sermón de sus postrimerías, nos invita a la unión con El y con el Padre. Y Bolívar, desde su última proclama a los colombianos, nos conmina a la unión fraterna, si no queremos convertirnos —y son sus palabras— “en los asesinos de la Patria”.

Bajo el alero de la doctrina de Cristo y con la mirada puesta en los ideales patrios de Don Simón Bolívar, en momento oportuno y feliz para Antioquia y para Colombia nació esta Universidad, cuyo benéfico influjo la convierte en uno de los grandes hitos históricos de la antioqueñidad. Y como estamos en el sesquicentenario de la muerte del Libertador, la Universidad ha querido rendirle a su memoria el homenaje de este Mural, en el cual un artista cristiano y bolivariano, como lo es Pablo Jaramillo, ha volcado no sólo su inspiración sino todas sus complacencias.

Medellín, 18 de diciembre de 1980.